

Así es como las instituciones democráticas que obligan á cada ciudadano á ocuparse prácticamente del gobierno, moderan el gusto escesivo por las teorías generales que la igualdad sugiere en materias políticas.

CAPÍTULO V.

De qué manera sabe servirse la religion en los Estados-Unidos de los sentimientos democráticos.

He establecido en uno de los capítulos precedentes que los hombres necesitan de creencias dogmáticas, y que aun debia desearse mucho que las tuviesen. Añado ahora aquí que las creencias dogmáticas en materia de religion son las que mas convienen; lo cual se deduce fácilmente, aun en la hipótesis de que no se quiera fijar la atencion sino en los intereses de este mundo.

No hai casi ninguna accion humana, por particular que se suponga, que no proceda de una idea

general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes. Estas ideas no pueden dejar de ser el origen comun de donde emanan todas las demas.

Los hombres tienen un grande interes en concebir ideas fijas acerca de Dios, del alma y de los deberes generales para con su Criador y sus semejantes; pues la duda sobre estos puntos principales abandonaria á la aventura todas sus acciones, y las condenaria en cierto modo al desórden y á la impotencia.

Es pues mui importante que sobre esta materia cada uno de nosotros tenga ideas fijas, y desgraciadamente es en la que con mas dificultad puede uno, entregado á sí mismo y por solo el esfuerzo de su razon, llegar á fijarlas.

Solo los espíritus exentos de las preocupaciones ordinarias de la vida, penetrantes, sutiles y mui ejercitados pueden á fuerza de tiempo y de trabajo profundizar hasta estas verdades tan importantes.

Pero aun con todo vemos que esos mismos filósofos se hallan casi siempre rodeados de incertidumbres; que á cada paso la luz natural que los guia se oscurece y amenaza apagarse, y que á pesar de todos sus esfuerzos no han podido descubrir sino un pequeño número de nociones contra-

dictorias, en medio de las cuales el espíritu humano fluctúa constantemente despues de muchos miles de años, sin poder descubrir la verdad, ni aun siquiera encontrar nuevos errores. Semejantes estudios están fuera de los alcances de la mediana inteligencia de los hombres; y aunque la mayor parte fueran capaces de entregarse á ellos, es evidente que no tendrian el tiempo necesario.

La práctica diaria de la vida necesita indispensablemente de ideas fijas acerca de Dios y de la naturaleza humana; pero esa misma práctica impide á los hombres el poderlas adquirir.

Hé aquí una cosa rara. Entre las ciencias hai algunas útiles á la multitud y que están á su alcance; otras lo están solo al de pocas personas, y no se cultivan por la mayoría, que no tiene necesidad sino de sus aplicaciones mas remotas; pero la práctica diaria de esta es indispensable á todos, aunque su estudio sea inaccesible á la mayor parte.

Las ideas generales relativas á Dios y á la naturaleza humana son, pues, entre todas las que mas conviene sustraer á la accion continua del juicio individual, y en las que puede ganarse mucho y perderse poco reconociendo una autoridad.

El primer objeto, y una de las principales ventajas de la religion, es dar á cada una de estas

cuestiones primordiales una solución clara, precisa, inteligible y muy durable para la multitud.

Hai religiones falsas y muy absurdas; sin embargo puede decirse que toda aquella que permanece en el círculo que acabo de indicar sin pretender salir de él, como muchas lo han intentado, para detener el vuelo del espíritu humano, impone un yugo saludable á la inteligencia; y es preciso reconocer que si no salva á los hombres en el otro mundo, á lo ménos es muy útil para su felicidad y su grandeza en este: lo cual es principalmente cierto en cuanto á los hombres que viven en países libres.

Cuando la religion se destruye en un pueblo, la duda se ampara de las posiciones mas altas de la inteligencia y medio paraliza todas las otras. Cada uno se habitúa á tener nociones variables y confusas sobre las materias que mas interesan á sus semejantes y á sí mismo; defiende mal sus opiniones ó las abandona; y como se siente incapaz de resolver por sí solo los mayores problemas que el destino humano presenta, se reduce cobardemente á no pensar en ellos.

Semejante estado no puede ménos de debilitar las almas, de aflojar los resortes de la voluntad y de preparar los ciudadanos á la esclavitud.

No solo acontece entónces que ellos se dejen

usurpar su libertad; sino que aun con frecuencia la abandonan.

Cuando no existe ninguna autoridad, así en materia de religion como en política, los hombres se asustan luego al aspecto de una independencia sin límites. La perpetua agitacion en todas las cosas los inquieta y fatiga. Como todo se conmueve en la region de las inteligencias, quieren á lo ménos que todo sea firme y estable en el órden material, y no pudiendo recuperar sus antiguas creencias, establecen una autoridad.

En cuanto á mí, dudo que el hombre pueda alguna vez soportar á un mismo tiempo una completa independencia religiosa, y una entera libertad política; y me inclino á pensar que si no tiene fe, es preciso que sirva, y si es libre que crea.

No sé, sin embargo, si esta grande utilidad de las religiones no es mas visible todavía en un pueblo donde las condiciones son iguales que en todos los otros.

Es necesario reconocer que la igualdad que introduce tantos bienes en el mundo, sugiere tambien, como se demostrará despues, ideas muy peligrosas; pues tiende á separar los hombres unos de otros, de modo que no se ocupe cada uno sino de sí mismo, y abre en su alma un vasto campo al deseo desmedido de los goces materiales.

La principal ventaja de las religiones es la de inspirar ideas del todo contrarias. No hai religion que no coloque el objeto de los deseos del hombre mas allá de los bienes terrestres, y que no eleve naturalmente su alma á regiones superiores á las de los sentidos. No la hai tampoco que no imponga á cada uno deberes, cualesquiera que sean, hácia la especie humana, ó comunes á ella, y que no le saque así de tiempo en tiempo de la contemplacion de sí mismo. Esto se ve aun en las religiones mas falsas y peligrosas.

Los pueblos religiosos son, pues, precisamente fuertes en el punto en que los pueblos democráticos son débiles: lo cual hace ver cuán importante es que los hombres conserven su religion al hacerse iguales.

Yo no tengo ni el derecho ni la voluntad de examinar los medios sobrenaturales de que Dios se sirve para establecer una creencia religiosa en el corazon del hombre. Ni considero en este momento las religiones sino bajo un punto de vista puramente humano; pues mi objeto es averiguar de qué manera pueden ellas mas fácilmente conservar su imperio en los siglos democráticos en que ahora entramos.

He hecho ver que en los siglos de luces y de igualdad, el espíritu humano no consentia sino con

pesar, en recibir creencias dogmáticas, y que si sentia vivamente la necesidad de ellas, era solo en materia de religion. Esto indica desde luego, que en tales siglos, las religiones deben contenerse con circunspeccion dentro de los limites que les son propios, y no tratar de salir de ellos; porque queriendo estender su poder mas allá de las materias religiosas, se esponen á no ser creidas en ningun punto. Deben, pues, trazar con cuidado el círculo en que pretenden contener al espíritu humano, y fuera de él, dejarlo enteramente libre y abandonarlo á sí mismo.

Mahoma hizo bajar del cielo y colocó en el Alcorán, no solamente doctrinas religiosas, sino máximas políticas, leyes civiles y criminales, y teorías científicas. El Evangelio al contrario no habla sino de relaciones generales de los hombres con Dios y entre sí: fuera de esto, nada enseña, y nada obliga á creer. Entre muchas otras razones, basta esta para probar que la primera de las dos religiones no puede dominar largo tiempo, en épocas de luces y de democracia, miéntras que la segunda está destinada á reinar en estos, como en cualesquiera otros siglos.

Si llevo mas adelante esta misma investigacion, hallo que para que las religiones puedan, humanamente hablando, mantenerse en los tiempos demo-

cráticos, no basta que se encierren cuidadosamente en el círculo de las materias religiosas, sino que su poder depende en gran parte de la naturaleza de las creencias que profesen, de las formas exteriores que adopten y de las obligaciones que impongan.

Lo que he dicho ántes de que la igualdad conduce á los hombres á ideas mui generales y vastas, debe entenderse principalmente en materias de religion. Los hombres iguales y semejantes conciben con facilidad la idea de un solo Dios, imponiendo á cada uno de ellos las mismas reglas y concediéndoles la felicidad futura al mismo precio. La unidad del género humano los conduce incesantemente á la idea de la unidad del Criador; miéntras que los hombres mui separados unos de otros, y mui desemejantes, conciben tantas divinidades como hai pueblos, castas, clases y familias, y trazan mil caminos particulares para ir al cielo.

No puede negarse que aun el cristianismo ha sufrido en cierto modo esta influencia que ejerce el estado social y político en las creencias religiosas.

Cuando la religion cristiana apareció sobre la tierra, la Providencia, que sin duda preparaba el mundo para su llegada, habia reunido una gran parte de la especie humana como un inmenso rebaño, bajo el cetro de los Césares. Los hombres que componian esta multitud diferian mucho unos

de otros, pero estaban de acuerdo en un punto principal, cual era el de obedecer las mismas leyes; y cada uno de ellos era tan débil y tan pequeño relativamente á la grandeza del príncipe, que parecian todos iguales cuando se le comparaban.

Es preciso reconocer que este estado nuevo y particular de la humanidad debió disponer á los hombres á recibir las verdades generales que el cristianismo enseña, y sirve para esplicar el modo rápido y fácil con que penetró entónces este en el espíritu humano.

La segunda prueba se hizo despues de la destruccion del imperio.

El mundo romano, habiéndose entónces deshecho en mil pedazos, volvió cada nacion á su individualidad primitiva. Bien pronto, en el interior de estas naciones mismas se graduaron las clases hasta el infinito; se señalaron las razas, y las castas dividieron cada nacion en muchos pueblos. En medio de este esfuerzo comun que parecia conducir las sociedades humanas á subdividirse en tantos fragmentos como era posible concebir, el cristianismo no perdió de vista las principales ideas que habia sacado á luz; pero pareció, sin embargo, prestarse tanto como de él dependia á las nuevas tendencias que las fracciones de la especie humana hacian na-

cer. Los hombres continuaron adorando á un solo Dios, creador y conservador de todas las cosas; pero cada pueblo, cada ciudad, y por decirlo así, cada hombre creyó poder obtener algun privilegio aparte, y crearse protectores particulares cerca de su soberano dueño. No pudiendo repartirse la Divinidad, se acrecieron por lo ménos y se multiplicaron sin término sus agentes; el homenaje debido á los ángeles y á los santos vino á ser para los cristianos un culto casi idólatra, y aun se pudo temer por un momento que la religion cristiana retrogradase hácia las otras que ella habia vencido.

Es evidente que á proporción que desaparecen las barreras que separan á las naciones en el seno de la humanidad y á los ciudadanos en el interior de los pueblos, el espíritu humano se dirige, como por sí, hácia la idea de un ser único y todo poderoso que gobierna igualmente y con las mismas leyes á todos los hombres. Por esto conviene particularmente en los siglos de democracia, distinguir el homenaje que se rinde á los agentes secundarios, del culto debido al Criador.

Otra cosa me parece tambien evidente, y es que en los siglos democráticos las religiones deben sujetarse ménos que en los demas, á las prácticas esterioras.

Al hablar del método filosófico de los america-

nos hice ya ver que nada choca tanto al espíritu humano en épocas de igualdad, como la idea de someterse á fórmulas. Los hombres de tales tiempos sufren con impaciencia las figuras; los símbolos les parecen artificios pueriles de que se valen para encubrir ó disfrazar á sus ojos las verdades que seria mas natural presentar al mundo con sencillez y claridad: miran con indiferencia la práctica de las ceremonias, y propenden naturalmente á dar una importancia secundaria á los detalles del culto.

Los encargados de arreglar la forma exterior de las religiones en los siglos democráticos, deben fijar su atención en estos instintos naturales de la inteligencia humana, para no esponerse á luchar contra ellos sin necesidad.

Estoi firmemente persuadido de la conveniencia de las formas; sé que ellas fijan el espíritu humano en la contemplacion de las verdades abstractas, y ayudándolo á comprenderlas bien, se las hacen abrazar con ardor. No me figuro que se pueda mantener una religion sin prácticas esterioras; pero por otra parte pienso que en los siglos á que nosotros nos dirigimos, seria mui arriesgado multiplicarlas sin medida; que conviene mas bien disminuirlas, y que solo se debe conservar lo que es absolutamente indispensable para la perpetuidad

del dogma mismo, sustancia de las religiones (1) cuyo culto no es sino la forma. Una religion mas minuciosa, mas inflexible y mas llena de observancias, al tiempo mismo en que los hombres van haciéndose mas iguales, no tardaria en verse reducida á un tropel de celadores apasionados en medio de una multitud incrédula.

Si se me dice que las religiones, teniendo todas por objeto verdades generales y eternas, no pueden doblarse así á los instintos móviles de cada siglo, sin perder á los ojos de los hombres los caracteres de la verdad, responderé de nuevo á esto, que es preciso distinguir cuidadosamente las opiniones principales que constituyen una creencia, y que forman lo que los teólogos llaman artículos de fe, de las nociones accesorias que las acompañan. Las religiones deben mantener firmes las primeras, cualquiera que sea el genio particular del siglo; pero no unirse del mismo modo á las segundas en los tiempos en que todo cambia continuamente de lugar, y cuando el espíritu, acostumbrado al es-

(1) En todas las religiones hai ceremonias que son inherentes á la sustancia misma de la creencia, y á las cuales es necesario no cambiar nunca nada. Esto se ve sobre todo en el catolicismo, en donde con frecuencia la forma y el fondo se hallan tan estrechamente unidos, que no hacen sino un solo objeto.

pectáculo variable de las cosas humanas, apenas puede sufrir que se le fije. La inmovilidad en las cosas exteriores y secundarias no me parece una dicha estable, sino cuando la misma sociedad civil es inmóvil: fuera de este caso, creo que es mui peligrosa.

Ya veremos que entre todas las pasiones que la igualdad hace nacer ó favorece, hai una particularmente viva, que ella deposita en el corazon de todos los hombres; esta es el amor del bienestar. El gusto del bienestar es como el carácter distintivo é indeleble de los tiempos democráticos.

Es de creer que una religion que tratase de destruir esta pasion, seria al fin destruida por ella; si quisiese separar del todo á los hombres de la contemplacion de los bienes de este mundo, para reducirlos á pensar únicamente en los del otro, se puede prever que las almas huirian de sus manos para encenagarse solo en los goces materiales y presentes.

El principal objeto de las religiones es purificar, arreglar y restringir el deseo ardiente y demasiado esclusivo del bienestar, que sienten los hombres en los siglos de igualdad; pero creo que harian mal en tratar de sujetarlo enteramente y destruirlo. Nunca conseguirán separar á los hombres del amor de las riquezas; pero bien pueden per-

suadirles á no enriquecerse sino por medios decorosos y honrados.

Esto me lleva hácia una consideracion que, en cierto modo, comprende todas las otras. A medida que los hombres se hacen mas semejantes é iguales, conviene que las religiones, desviándose cuidadosamente del movimiento diario de los negocios, no choquen sin necesidad con las ideas generalmente admitidas y los intereses permanentes que reinan en la multitud; porque la opinion comun aparece siempre como el primero y mas irresistible de los poderes, y no hai fuera de estos tan fuerte apoyo, que permita resistir largo tiempo á sus golpes; principio tan aplicable á un pueblo democrático sometido á un déspota, como á una república. En los siglos de igualdad los reyes hacen á veces obedecer, pero siempre es la mayoría la que hace creer: á la mayoría es, pues, á quien se ha de tratar de complacer en todò lo que no sea contrario á la fe.

He dicho en mi primera obra que los sacerdotes americanos se alejan de los negocios públicos. Este es el ejemplo mas brillante, pero no el único, de su moderacion. En América es la religion un mundo aparte en donde el clérigo reina; pero de donde tiene buen cuidado de no salir nunca: dentro de sus límites él conduce la inteligencia; fuera de

ellos, deja á los hombres entregados á sí mismos, y los abandona á la independencia y á la inconstancia propias de su naturaleza y del siglo. No he visto país en donde el cristianismo esté ménos rodeado de fórmulas, de prácticas y de figuras que en los Estados-Unidos, ni tampoco donde presente ideas mas puras, simples y generales al espíritu humano. Aunque los cristianos de América se dividan en una multitud de sectas, todos consideran su religion bajo este mismo punto de vista; pudiendo esto aplicarse al catolicismo igualmente que á las otras creencias. No hai clérigos católicos que manifiesten ménos gusto por las pequeñas observancias individuales, los métodos particulares y extraordinarios de conseguir la salvacion, ni que se adhieran mas al espíritu de la lei y ménos á su letra, que los de los Estados-Unidos: en ninguna parte se enseña con mas claridad, ni se sigue mejor la doctrina de la iglesia, que prohibe dar á los santos el culto que debe reservarse solo á Dios. Con todo eso, los católicos de América son mui sumisos y sinceros.

Otra observacion es aplicable al clero de todas las comuniones; los clérigos americanos no pretenden atraer ni fijar toda la atencion del hombre hácia la vida futura; sino que abandonan voluntariamente una parte de su corazon á los cuidados de la

presente, y se diría que consideran los bienes del mundo como objetos importantes, aunque secundarios: si no se asocian á la industria, se interesan á lo ménos en sus progresos y los aplauden, y mostrando constantemente á los fieles el otro mundo como el gran objeto de sus temores y de sus esperanzas, nunca les prohíben el que busquen honradamente el bienestar del presente. Léjos de querer probar que estas dos cosas se dividen y son contrarias, se aplican mas bien á encontrar el punto por donde se tocan y se enlazan.

Todos los clérigos americanos conocen el imperio intelectual que ejerce la mayoría, y le respetan, no sosteniendo jamas contra ella sino luchas necesarias. Ellos no se mezclan en las contiendas de los partidos, sino que adoptan gustosos las opiniones generales de su país y de su tiempo, y siguen sin dificultad la corriente de sentimientos y de ideas que arrastran tras de sí todas las cosas: se esfuerzan en corregir á sus contemporáneos, pero no se separan de ellos. Jamas la opinion pública es su enemiga: ella los sostiene mas bien y los protege, y sus creencias reinan á la vez por las fuerzas que les son propias y por las que les presta la mayoría.

De este modo, la religion, respetando todos los

instintos democráticos que le son favorables, y auxiliada por muchos de ellos, viene á luchar con ventaja contra el espíritu de independencia individual, que es el mas peligroso para ella.